

EL ACCIDENTE

FERNANDO GILMET DERMIT

PERSONAJES:

(POR ORDEN DE APARICIÓN)

MARÍA

LUIS

ELISA

LA ABUELA

LA VECINA

En escena los muebles y enseres que se considere oportuno.

Si no das conmigo al principio, no te desanimes.

Si no me encuentras en un lugar, busca en otro.

En algún sitio te estaré esperando.

Walt Whitman

UNO

-María: ¡Qué gracioso! Tenés un poco de acento.

-Luis: No. No jorobes.

-María: Sí. Vos no te das cuenta, pero un poquito... La que me encanta como habla es Lucía.

-Luis: Francés habla perfecto pero en español hace una mezcla increíble. Resulta que en la escuela tiene una compañera de Ecuador, son carne y uña...

-María: Sí, me cuenta de la amiga en su carta. Pero escribir, escribe perfecto...

-Luis: Una par de veces a la semana tiene clases de español y yo le hablo casi siempre... Además, es muy inteligente. Como su papá...

-María: Ja, ja, ja...

- Luis:** Después me tenés que contar quién era quién porque me saludaron algunos que no tengo idea... Y lo peor es que todos me decían: -Estás igualito Luis. Y yo pensaba: ¿y éste quién será?
- María:** Lo que pasa es que hace mucho que no los ves. Pero los conocés... Aunque está claro que todos cambiamos, el tiempo hace su trabajito... unas canas por aquí, una arruga por allá, algún kilo de más... Y así de golpe, tanta gente... ¡qué querés! ¿Y yo como estoy?
- Luis:** Como siempre. La más linda.
- María:** Dale, decime la verdad.
- Luis:** Si te preocupa una posible respuesta no insistas. ¡Que no, boba! Vos estás divina, como siempre. Trés jolie!
- María:** Gracias...mentiroso.
- Luis:** De la que no puedo decir lo mismo es de la tía. Está horrible, pobre.
- María:** ¿Y qué querés? Ya tiene unos cuantos años. Y con todo esto ha ido de mal en peor... Supongo que a ciertas edades ver que aquellos que están a tu alrededor...
Mamá -mientras pudo- iba a visitarla casi todos los días y la acompañaba a cobrar la jubilación, al médico o alguna otra salida. Si la dejás sola es capaz de ir cuatro veces al almacén y lo que es peor: ¡a comprar las cuatro veces lo mismo!
Así que cuando mamá enfermó y ya no podía ir, Juanita contrató a una señora para que esté con ella, le haga los mandados, la ayude a hacer las cosas...

- Luis:** ¿Y Pedro? ¿Por qué no fue?
- María:** ¡Porque se separaron hace años! Eso no me podés decir que no lo sabías...
- Luis:** Supongo que me lo dijiste pero... Una de las cosas que me he dado cuenta en estos años es que hay una gran diferencia entre saber y vivir las cosas...
- María:** Ya te podés imaginar a mamá: -¡Qué vergüenza tu prima!
¡Divorciada!
¿Qué querés decir con eso de “saber” y “vivir” las cosas?
- Luis:** Eso... ¿podrás creer que estuve a punto de preguntarle a Eugenia por el esposo?...menos mal que a último momento dudé y me callé la boca... Es así, te escriben una carta, te mandan un telegrama o te llaman por teléfono y te dicen pasó tal cosa o se murió fulano o lo que sea.
Sí. Enterado. Pero si no lo viste con tus propios ojos o fuiste al hospital o al velorio o al entierro es como que el coco, el mío al menos, no acaba de registrarlo...
¿Se volvió a casar?
- María:** ¿Quién? ¿Eugenia?
- Luis:** No, boba. Juanita.
- María:** No, casarse no, pero tiene una historia con un compañero del trabajo. Ojalá le vaya bien. Parece un buen tipo, ¿te saludó?

-Luis: ¿El nuevo? No sé, puede ser, pero como no me lo presentaron...o sí, no sé...

-María: Está bien, ya te pondré al corriente de todo, incluyendo los chismes familiares.
Pero ahora que decís Pedrito bien que podía haber venido a saludar. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.
¡Si se habrá pasado días metido en casa...! Igual es que no se enteró. O que no quería encontrarse con Juanita...lo más probable. No terminó bien la cosa.
Estás cansado. ¿Por qué no te acostás un rato?

Luis: Creo que sí, estoy fundido...

María: Tu cuarto está tal cual lo dejaste, así que vas a vivir la experiencia del túnel del tiempo...
Descansás y después...

-Luis: ¿Ricardo viene para acá? No le pregunté.

-María: Más tarde. Tiene un montón de trabajo atrasado...
Todos estos días en el sanatorio, y después con los trámites... que hasta última hora...
No te conté, pero no podía encontrar el título de propiedad del nicho... Al final resulta que estaba depositado en la empresa, de cuando papá...
Eso sí, durante la búsqueda, aparecieron una cantidad de papeles... ¡Guardaba todo! Hay recibos de cuando inventaron la electricidad. Después tenemos que ver bien lo que hay...
Y además quiero mostrarte una cosa que encontré...

- Luis:** Sí. Después...
- María:** Pero no lo quiero dejar...Cuanto más tiempo pase es peor... Ricardo cuando termine viene para acá y si estás recuperado nos vamos a comer. Abrieron por mi barrio una parrilla que te va a gustar... A eso de las ocho supongo. ¿Qué te parece?
- Luis:** Vamos a la parrilla. Pero invito yo.
- María:** Eso lo discutís con tu cuñado. Yo no me meto. Lo que quiero es pasar antes por casa a cambiarme...
- Luis:** Estás muy bien así. No seas presumida.
- María:** No tengo ganas de ir todo el día con la misma ropa... ¿Cómo estoy? ¿Cómo me ves?
- Luis:** ¿Qué pasa con Ricardo? ¿No te dice nunca lo linda que estás?
- María:** Sí. Muchas veces. ¿Qué te creés? Pero también me gusta que mi hermano...
- Luis:** ¡Qué mimosa! Vení para acá...
- María:** Es que hace tanto tiempo... Demasiado ¿no te parece?
- Luis:** No te preocupes, tomo nota y desde este momento te espera una larga serie de piropos y cariños y mimos y cosquillas...
- María:** ¡No! ¿Por qué no viniste cuando papá? ¿Te daba vergüenza?

- Luis:** ¡Tocado y hundido! Como cuando jugábamos a los barquitos...
- María:** Perdoname, ha sonado demasiado... En serio, no quise decir eso.
- Luis:** No importa.
El tío Alberto nada más verme en el cementerio fue lo primero que me preguntó.
- María:** ¿Y qué le dijiste?
- Luis:** Que no pude. No era momento de aclaraciones y menos de discusiones. ¡Además, no tengo por qué rendirle cuentas al tío Alberto!
Lo que siento es haberte dejado a vos sola con todo.
- María:** Yo sé que entonces reaccioné mal y de verdad que me duele, me joroba haberme puesto así...
Ya ves, sale el tema y...enseguida me pongo como una boba...
Ricardo me ha ayudado mucho, me hizo ver que...
Bueno. Ya sabés cómo soy.
Estaba convencida que te habías dejado influir, manipular por todo lo que se estaba publicando.
Pero bueno, el tiempo no ha pasado en vano y ya no soy la misma.
- Luis:** Me estaba acordado de una carta que...
- María:** No. En serio, no vale la pena. Y te pido, por favor, que dejes las cartas. Siempre he pensado que aunque cuenten mucho transmiten poco. Y lo mismo me pasa con el teléfono. Es como eso que decías, lo del saber y el vivir las cosas.

Al final, siempre terminás –por encima del contenido- interpretando la letra, las entrelíneas...o el tono: -¿Qué habrá querido decir? -No sé...tenía la voz como...

-Luis: Cuando me fui...

-María: ¡Cuándo desapareciste! No me hagas caso.
Mejor te vas a la cama. Ya tendremos tiempo de hablar de todo.
Dame un beso.

-Luis: Creo que tenés razón, voy a intentar una siesta. ¿Qué vamos a hacer?

-María: ¿Con qué?

-Luis: Con los papeles, con esta casa, con todo.

-María: No sé. Ya veremos. Me imagino que te quedás unos cuantos días, ¿verdad?

DOS

-Luis: No fui a jardinera o a pre escolar –creo que ahora lo llaman así- porque mamá decía que no servía para nada. No sé por qué quería que me quedara en casa.
Así que, aunque me hubiera gustado... me tocó esperar.
Un año después, por fin, aferrado a la cartera de cuero que me habían regalado los Reyes, atravesé el portón gris de la escuela. Creo que llevaba la túnica más almidonada y más larga “porque tenía que durar”.

A principios de año nos habíamos mudado a una casa nueva, linda, con un jardín grande al fondo. Pero en aquel barrio yo no conocía a nadie...

Mamá, sin embargo, a los pocos días se sabía la vida de todos y cada uno de los vecinos.

-Los de la esquina parecen buena gente pero esos de al lado no me gustan nada. -Tenés que averiguar -le decía a papá.

Yo estaba seguro que en marzo, cuando empezara la escuela – que quedaba enfrente, cruzando la calle- sería diferente... porque podría jugar con otros niños en el recreo y hacerme amigos.

Además de aprender, claro, a leer, a escribir... Eso era lo que me decía mi prima Juanita que ya estaba en tercero.

Cuando llegó por fin el día y sonó la campanilla, al despedirnos, – yo quería entrar solo-, mamá me señaló la vidriera de *Novedades*, una tienda de ropa que estaba pegada a la escuela y a ella le gustaba mucho.

-Ahí te espero y ni se te ocurra cruzar solo.

Al salir, en fila y cantando acompañados por la maestra, feliz después de mi primer día en la escuela, no vi a mamá en el lugar que me había indicado.

Me asusté porque, además, la avenida –siempre muy transitada y ruidosa- estaba casi en silencio y no pasaban coches ni nada...

En la esquina de enfrente había un camión empotrado en la puerta del almacén y en el medio de la calle un grupo de personas y muchos policías. Y en la vereda, frente a los apartamentos que quedaban al lado de nuestra casa había un montón de soldados...

Una vecina que me conocía porque hablaba mucho con mamá se acercó. Le temblaban las manos cuando quiso hacerme una caricia...

-Es horrible -le dijo a la maestra.

(Entra Elisa.)

De repente vi a mamá formando parte del grupo y la llamé a gritos. ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!
Tenía los ojos llenos de lágrimas... y se tapaba la boca como si fuera, no sé, a vomitar.
Me abrazó, algo que no hacía con demasiada frecuencia, pero tan fuerte que me hizo daño.
Y se quedó así, apretándome contra su cuerpo...

-Elisa: *¡La nena! ¡La nena!*

-Luis: ¡La nena! ¡La nena!
Llegaron de pronto varios jeep del ejército de donde bajaron corriendo más soldados y después una ambulancia y patrulleros. Entonces el grupo de personas que formaba un círculo en medio de la calle se abrió para que pasaran los camilleros; así pude ver tendido sobre el asfalto, envuelto en un charco de sangre, el cuerpo de un hombre que empuñaba, todavía, un revólver...

-Luis: *¿Quién es ese hombre, mamá? ¿Está muerto, verdad? ¿Y por qué tiene un arma en la mano?*

-Luis: Nadie se movía ni hacía nada –supongo que esperaban una orden- así que un señor mayor intentó cubrir el cadáver con las hojas de un diario, pero los policías lo sacaron a empujones. Mamá me agarró fuerte la mano y cruzamos casi corriendo. Un oficial nos abrió paso entre los soldados hasta llegar a casa.
(Elisa sale.)
Yo... esa fue la primera vez que vi un muerto.

TRES

-La abuela: Hacía mucho que no sabíamos nada. Desde que nació la nena. Esa fue la última noticia. Linda noticia pero...la primera nieta. Bueno, la única nieta. Y que las cosas fueran de aquella manera. Nosotros vivimos en un pueblo chico donde todo se sabe y en aquellos tiempos resultaba muy difícil comunicarnos con nuestra hija.

El teléfono estábamos seguros que lo habían intervenido, así que apenas para lo justo.

El día de Navidad del 73, por la tarde, recibimos la llamada:

-Mamá, ha nacido tu nieta. El quince.

-Es preciosa y estamos las dos muy bien. Alfredo dice que es igual a mí y me convenció para que ella también se llame Ana.

Y antes de cortar agregó:

-Decile a papá que se cuide. Te quiero. Los quiero mucho. Un beso enorme.

Desde entonces, nada. Y habían pasado más de dos meses.

Todos los días esperando alguna noticia y... aunque mi esposo se enojaba yo estaba pendiente de los informativos, leyendo los diarios...

Y con esa incertidumbre, esa inquietud que provoca el no saber. Y sin poder hacer nada. Solo esperar.

Mi cuñado, el hermano de mi esposo, médico también, se había jubilado y al poco tiempo quedó viudo. Siempre le gustó el campo así que compró una chacra, a unas pocas leguas de aquí, un sitio tranquilo con una casa cómoda, muy linda.

Isabel, mi sobrina, que estaba embarazada, se había trasladado allí porque el esposo se pasaba el día trabajando, atendiendo la estación de servicio que heredó de los padres.

Mi cuñado le controlaba el embarazo y, además, así estaban los dos acompañados.

Mi esposo y yo íbamos mucho. Allí estábamos más tranquilos, lejos de las malas caras, de los malos gestos y hasta de algunos insultos...

El 2 de marzo del 74, sábado...estábamos allí.

Habíamos pasado toda la tarde en el patio, mi esposo charlando con el hermano, jugando al ajedrez o leyendo. Yo tejía un saquito para la nieta aunque no sabía cuándo ni dónde se lo podría dar. Era la única forma de...sentirla presente, de ponerle cuerpo y carita, que siempre era la misma...como había dicho Alfredo que era tan igualita a Ana...

Todavía lo guardo... el saquito... muy sencillo, blanco y con unas flores chiquitas, rosadas.

Ya estaba anocheciendo cuando llegó de trabajar el esposo de mi sobrina.

Nos quedamos helados.

Nos contó que Ana le había llamado a la estación de servicio para pedirle que nos hiciera llegar un mensaje que alguien había dejado allí, creo que en los baños que hay detrás del surtidor.

En la nota Ana nos pedía que, por un tiempo, nos ocupásemos de la nena.

Parece que tenían que dejar la casa donde estaban y vaya a saber a qué sitio irían a esconderse...

Decía que una pareja de compañeros serían los encargados de venir hasta aquí, con Anita.

Ellos no podían ni acercarse al pueblo.

Mi esposo y yo no conseguimos dormir aquella noche ni la siguiente. Creo que ninguna noche más, al menos de forma completa, desde entonces.

¡Pensando en la nieta! ¡Soñando con la nieta!

Al menos la nena estaría segura con nosotros hasta que pudiera reencontrarse con sus padres.

Los muchachos también nos pedían que, dentro de lo posible, en fin, que no querían que se enteraran en el pueblo, que actuáramos con discreción, evitando visitas inoportunas y esas cosas.

Tenían miedo que a la nena pudiera pasarle algo...eran capaces de cualquier barbaridad...

En la chacra no le iba a faltar nada, se iba a criar muy bien el tiempo que fuera necesario.

Pasó el día que nos había señalado Ana en la nota y el siguiente, hasta que al tercero, por la mañana muy temprano –yo estaba preparando el mate- unos vecinos del pueblo nos avisaron por teléfono que los milicos habían tirado la puerta abajo y entrado en nuestra casa.

No nos dio tiempo de nada porque al poco rato ya estaban rodeando la chacra.

Revolvieron todo, como siempre. Nosotros sabíamos lo que era eso, pero mi cuñado y mi sobrina... ¡y ella en su estado!

Preguntaban con insistencia por Ana y de muy mala manera.

Yo no sabía qué pensar. Que si habían descubierto el mensaje... que si la chacra seguiría siendo segura, si podría venir esa pareja con la nena, si al conocer esto cambiarían de opinión...

Cuando ya se iban, el oficial que estaba al mando se acercó a mi esposo y como quien dice agua va le soltó:

-Su hija se nos escapó por poco y el concubino murió en un accidente.

CUATRO

- María:** ¿Qué tal? ¿Cómo te fue? Vení, dame un beso.
- Luis:** ¿Por dónde empiezo? ¿Te doy un beso o te cuento?
No te olvides que los hombres no estamos diseñados para hacer dos cosas a la vez...
- María:** Ya sé por qué te extraño tanto. Por todas esas pavadas...
¿Y, cómo pasaste la noche? ¿Dormiste bien? No sé por qué no querés quedarte en casa. Ya sabés que hasta que llegue tu sobrina...
- Luis:** ...o sobrino.
- María:** ...o sobrino, tenemos un cuarto libre.
- Luis:** Ya saqué las cosas de la valija y las he acomodado en el ropero así que no me muevo. Me quedo aquí, estoy bien. En serio.
En esta casa, además, los fantasmas son viejos conocidos y esa es una ventaja...aunque la verdad es que me echaron pronto de la cama.
También es probable que fuera como consecuencia del *jet lag*, es un vuelo muy largo, son muchas horas de diferencia...
- María:** Igual, no sé, digo yo, tiene algo que ver con la tira de asado, los chinchulines, la molleja...morcilla, chorizo y etcétera que te comiste. Por no hablar de los panqueques de dulce de leche y la botella de vino que se tomaron a medias con tu cuñado...
- Luis:** Muy rico el vinito...
- María:** Y te recuerdo que ya cumpliste los cuarenta.

- Luis:** Gracias por recordarme...lo de los cuarenta, digo.
Y no exageres. Comí normal, lo que pasa es que vos sos medio pajarito y pensás que todo el mundo puede vivir con unas cuantas hojas de lechuga... ¡Que mi sobrino necesita proteínas!
Me quedé como un tronco nada más acostarme, pero a la cuatro de la mañana tenía los ojos como el dos de oros. Así que me levanté en busca de un vaso de leche a ver si agarraba sueño...
- María:** Eso es por la acidez... ¿La encontraste?
- Luis:** No es tan difícil. Todavía puedo distinguir –a pesar de mis cuarenta años, digo- entre una botella de leche y un frasco de salsa de tomate.
Y como seguía sin dormirme, en cuanto empezó a clarear me levanté, me di un buen baño y salí a desayunar.
- María:** ¡Si te dejé de todo...! Café, galletas, manteca, mermelada...
- Luis:** Ya lo sé. Gracias. Pero tenía ganas de salir. Y no te preocupes que ya comeré las galletas, ¡y si son marinas con más razón...!
- María:** Claro, ya sé que son las que te gustan.
- Luis:** Entré en el primer boliche que encontré, uno nuevo, que está a la vuelta pegado a un lavadero que tampoco existía antes...
- María:** Ya sé cual decís. Y está ahí hace años, lo que pasa es que lo reformaron.

- Luis:** -Si quiere café va a tener que esperar -dijo el gallego. -Ahora mismo he enchufado la máquina y esto es como los motores, si quieres que te duren tienes que calentarlos. Despacio.
Y se lo digo porque fui guarda más de treinta años y mi tío que era el chofer se iba todos los días veinte minutos o media hora antes de la largada. Encendía el motor y a esperar.
Y así duran las cosas.
Después, tuve que dejarlo ¿me entiende? Cuando murió mi tío. Una pena, se imagina. Él me hizo venir porque en mi pueblo no había trabajo para nadie...yo soy de Valdoviño, provincia de La Coruña ¿conoce?
¡Y los treinta años en la misma línea! Me conozco hasta los baches.
Aunque si le digo la verdad hace poco, un domingo –yo cierro los domingos- hice la ruta con un viejo compañero y está todo muy cambiado.
- María:** ¡Qué mentiroso, te estás inventando la mitad!
- Luis:** Llegó, para mi salvación, el panadero con los bizcochos.
¡No sabés como estaban los pan con grasa!
Y el café muy caliente y bastante rico porque está claro que si calentás la máquina...
- María:** Qué idiota...
- Luis:** Después fui a dar una vuelta. Y me pasó lo mismo que al gallego porque encontré todo muy distinto. Bueno, hay algunas cuadras por el barrio por las que no ha pasado el tiempo, salvo para los árboles que han crecido mucho. Están enormes.

Buscaba la fábrica de pastas y me encontré un *cyber-café*;
recordaba una casita -donde vivía el electricista, ¿te acordás?- y
en su lugar hay una torre de apartamentos.
Y el beso ya te lo di... ¿Nos vamos a comer?

-María: Si ya comiste los pan con grasa, ¿qué más querés? No. Nos quedamos. Quiero seguir ordenando y sacar la ropa, a ver lo que se puede dar, tirar porquerías...

Luis: Sí, comandante.

María: Cuánto antes, mejor. Y hay cosas que prefiero hacer ahora que estás vos, así decidimos juntos. Además, tengo que aprovechar porque después con la barriga...

-Luis: Ahora que me doy cuenta...hay un olorcito muy rico. ¿Qué hiciste?

-María: Nada. ¿Qué voy a hacer?

-Luis: ¡Claro! Ya sé a que huele. ¡Has hecho la receta de mamá!

CINCO

-Elisa: *¿Qué tal, vecina?*
Ah, sí...es un pastel de carne que tengo en el horno, nada más.
Me queda rico. Esa es la verdad.
Puede ser...sí.
Será del picadillo que le pongo una hojita de laurel...
Bien condimentado, claro...

Por supuesto, buena carne –la pico yo porque si la compra picada le meten cualquier cosa- y unas papas muy lindas que trae mi esposo de la chacra de ellos...no hay secretos.

Sí. Ahora viene a comer, aunque anda con tanto trabajo que hay días que el pobre...

¡Ya lo creo que hacía falta! ¡Así no se podía seguir!

*No, si yo sé con quién se puede...pero hay que tener cuidado porque hasta las paredes oyen... ¡y hablan! (**Llanto de bebé.**)*

La dejo que me toca darle la mamadera a la nena.

Cinco meses cumplió el otro día.

Ya no pensábamos... Un accidente, como decimos con mi esposo.

Ya la está oyendo. Tiene buenos pulmones, sí.

Es que se me complicó el parto...estuve gravísima y con tantos remedios que tomaba no me dejaron darle el pecho.

Me sacaban la leche, claro, pero no se la daban...

En esos días se acostumbró a la mema y después no quiso la teta por nada en el mundo. Y, claro, se me retiró...

Sí, nos gusta el barrio. Aunque todavía no conozco mucho a los vecinos. Un poco a usted que estando tan cerca...

Es verdad, estuvimos charlando el otro día. Es muy agradable esa señora.

¿La de la tintorería?

Ah, yo pensaba que me hablaba de la otra, que el marido...sí, la que vive al lado del que trabaja en el banco.

-Luisito, ¡dejá tranquila a tu hermana!

Estoy deseando mandarlo otra vez a la escuela.

Sí, había empezado primero pero en el barrio donde vivíamos antes...es que con la nena nos tuvimos que mudar...se nos quedó chica la casa. Pero ya lo tengo matriculado. Empieza el lunes. No veo la hora.

Y ahora con los pintores...

Sí, estaba bastante bien, pero no sé, no me gustaba mucho el color.

Ay, a mí me encanta la decoración y tengo muchas ideas.

¡Todavía me faltan las cortinas!

Si conocía la casa le aseguro que cuando la vea le va a parecer otra; ya le diré cuando me quede más tranquila y se viene a tomar unos mates o un té.

-Luisito, ¡que me sacás de quicio! Cuando venga tu padre vas a ver...

La dejo. ¡Qué chiquilín!

Si es lo que yo digo: ¡la cigüeña se equivocó de cuna!

SEIS

-Luis: La verdad es que estaba riquísimo. Creo que por la noche, con una ensalada estoy servido.

-María: Recién terminaste y ¡ya estás pensando en comer!

-Luis: Se llama instinto de supervivencia. Vos sabes que yo también hago el pastel pero, según tu sobrina, no me queda muy rico. Y si prueba éste no te digo nada, se hunde mi escasa reputación como cocinero.

-María: Eso es por la carne, ¡seguro! No vas a comparar... Es tan divina... Lucía, digo.

-Luis Ah, pensaba que la carne.

- María:** Ayer, cuando hablamos por teléfono, parece mentira tan chica...
¡cómo se preocupa por vos!
Que cómo estabas, que te cuides...se ve que te extraña.
También me dijo que estaba cansada de mandar abrazos y besos por teléfono... que es más lindo darlos. Es de los míos, ¿viste?
No sé, nos estamos perdiendo tantas cosas.
- Luis:** Venís a visitarnos y asunto arreglado...
- María:** Sabés que queríamos ir... ¡si teníamos hasta los pasajes!
Pero bueno, pasó lo de papá y ahora... al menos tendremos que esperar hasta que tu sobrina -ó sobrino- tenga unos meses.
- Luis:** Y como tu hermano está en todo hemos decidido hacer al revés.
Y será Lucía quien vendrá a conocer a la tía ¡y al primo...!
- María:** ¿Qué me decís?
- Luis:** Sí. No me mires como a un marciano. Estamos pensando venir.
Los tres. Estamos juntos otra vez...
¿Viste? me quedó en verso.
- María:** ¡Y no me habías dicho nada! Ni de que están juntos ni del viaje ni de nada de nada...
- Luis:** No me has dado tiempo.
- María:** ¿Por qué me hiciste esperar? En días así vienen muy bien las buenas noticias...
Y mi sobrina... ¡qué traidora! No me dijo ni mu.

- Luis:** Supongo que quiere estar segura. Son tantas idas y venidas que...
Pienso que el viaje...está como loca con la idea de encontrarse con su familia de aquí. Y además tiene escrita una lista de lugares que quiere conocer. Pienso que le va a servir...bueno, nos va a servir a todos...
- María:** ¿Y cuándo tienen idea de venir? Bueno, vayamos por partes, porque todavía no me has respondido... ¿hasta cuándo te quedás?
- Luis:** No sé, unos quince o veinte días.
Y nos gustaría viajar a fin de año, más o menos. Depende de nuestras licencias y del colegio de Lucía, si la dejan faltar unos días, más las vacaciones de Navidad...
- María:** Entonces te perdono por los veinte días que me parece muy poco...
- Luis:** Dije quince o veinte. De todas maneras, gracias por ser tan comprensiva. Y como para entonces ya habrás sido mamá, he pensado que podemos aprovechar y alquilar algo en una playa...
- María:** Buenísimo! Nos hacen falta unas vacaciones... ¡Qué linda sorpresa! En serio.
- Luis:** ¿Qué estás pensando? Llevás un rato dándole vueltas a algo. Mirá que te conozco...
- María:** Nada. Te traigo un café. Y seguimos.
- Luis:** Dale, que te conozco. ¿Qué me querés decir?

- María:** No, nada. No importa,
Ahora, al hablar del viaje. Que me da miedo que vuelva a pasar lo mismo, que íbamos a ir y después no, ahora que van a venir ustedes y después capaz que tampoco...
- Luis:** ¿Y qué más? Dale, que te conozco.
- María:** No importa, ya está...era eso.
- Luis:** Dale.
- María:** De repente, me acordé de una cosa... ¿Viste? A veces juntás un recuerdo con otro sin saber muy bien...se van como hilando... Ya no tiene mucho sentido.
- Luis:** Dale. Si al final me lo vas a contar.
- María:** Es por algo que me dijo mamá el otro día en el sanatorio. Entré en la habitación y la vi lagrimeando. Le pregunté qué le pasaba, si estaba muy dolorida, si quería un calmante...o que llamara al médico o a una enfermera.
Me dijo que no, que no precisaba nada y que lo que quería ya no era posible. Que era demasiado tarde.
Me acarició la barriga, y después me dijo -Es que me voy a ir sin conocer a ninguno de mis nietos.

SIETE

-La abuela: Salimos enseguida. Nos llevó un taxi de aquí del pueblo, porque mi esposo no estaba en condiciones de manejar y mi cuñado se tenía que quedar en la chacra pues estaba a punto de nacer su nieta.

Después de mil vueltas entregaron a la familia el cuerpo de Alfredo. En un ataúd cerrado y con prohibición de abrirlo ya que según ellos los forenses habían establecido “sin lugar a dudas” que la muerte se había producido como consecuencia de un accidente.

No podíamos quedarnos así y aceptarlo sin más.

La mamá de Alfredo, una mujer muy valiente, hizo venir a un médico amigo que, durante el breve velatorio –obligaban a enterrarle a determinada hora- examinó el cuerpo.

Nos explicó que, en efecto, tenía fuertes contusiones seguramente producidas por el impacto con el camión, pero además dos orificios en la espalda, dos heridas de bala, una de las cuales le había atravesado el corazón. La verdadera causa de la muerte.

En la soledad de aquel cementerio vigilado despedimos a Alfredo preguntándonos que sería de Ana y su bebé, nuestra pequeña nieta.

En esos días los diarios publicaron la noticia de la muerte de Alfredo, diciendo que se trataba de un accidente ocurrido “cuando el sedicioso corría armado y en actitud amenazante frente a una escuela llena de niños inocentes en su primer día de clase...” o algo así.

A un costado, como si no tuviera relación, había una foto grande de Ana, la misma de la cédula, bajo el título de “Buscada”.

Al pie estaba escrito el nombre, la edad, el lugar de nacimiento, la estatura y el alias: Sofía. Nada más.

OCHO

- María:** Separé para que los mires unos papeles de un seguro de vida...
- Luis:** ¿Cómo alguien puede escribir en serio, -se supone- “Seguro de Vida” en un papel?
- María:** Sea como sea te dejé la carpeta en el escritorio porque yo no entiendo nada de seguros.
¿Te acordás que te conté que no encontraba el título de propiedad del nicho? Bueno, cuando estaba en plena búsqueda apareció por casualidad. Es un recorte de diario, estaba doblado, metido entre las tapas de la Biblia de mamá...
- Luis:** ¿Y entre las tapas de la Biblia buscabas el título de propiedad?
- María:** Que no, bobo. La Biblia se cayó, se abrió... ¡qué importa!
Es una media página y seguro que tiene muchos años porque está amarillenta.
- Luis:** ¿Y, por casualidad, no habrás visto la caja?
- María:** ¿Qué caja?
- Luis:** La caja china de mamá...pero vos eras muy chica, no creo que te acuerdes.
Es una de esas cajas secretas, creo que son originarias de Japón. Papá la había traído de Panamá una vez que fue a un curso; yo estaba en segundo de liceo, así que habrá sido en el...

- María:** Dijiste que era china... japonesa ¡y ahora resulta que papá la había comprado en Panamá!
- Luis:** China porque está fabricada en China...supongo que papá la compró en alguno de esos comercios de importación de productos orientales...
Se la trajo de regalo a mamá y desde entonces fue “su” caja. La caja prohibida. Entre otras cosas porque abrirla es un trabajo de chinos. Hay que coordinar una serie de movimientos de diferentes piezas de madera...
- María:** Me parece, si es la que yo creo, haberla visto en el ropero grande, donde están los uniformes de papá. Ahora vengo.
(Sale.)
- Elisa:** ***(Entrando.)** Luisito, ¡tomá la leche! Y después a la cama que va a venir tu padre y ya sabés que no le gusta que estés levantado a estas horas.*
- Luis:** *Es temprano. ¿Por qué?*
- Elisa:** *Porque yo lo digo... ¡pero bueno! ¡Qué mocoso! A ver si te voy a que tener que rendir cuentas... ¡faltaría más!*
- Luis:** *Mamá, ¿no me preguntás cómo me fue en la escuela?*
- Elisa:** *¡Luisito! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Terminala con la leche.*
- Luis:** *¿Lo atropelló el camión, verdad? ¿Pero por qué tenía un revólver? ¿Qué nena, de qué nena hablabas mamá?*

- Elisa:** *¡Ay, dios mío! ¡Andate a la cama de una vez! Si es lo que yo digo: ¡la cigüeña se equivocó de cuna!*
(Se pone un almohadón en la barriga.)
Lo mandé a la cama, estaba insoportable...
Luis, ese chiquilín me saca de las casillas. A ver si vos lo ponés en vereda porque yo no aguanto más.
Y esto otro lo tenemos que arreglar. Si ese es el problema ya está...
¡Nos mudamos! Ya está.
Y no me digas que acabamos de mudarnos porque ya lo sé.
Mi buen trabajo que me dio la dichosa mudanza.
Pero no nos queda otro remedio. Aquí no nos podemos quedar.
Mañana mismo me mandás tu ayudante con un jeep y salgo a buscar casa.
Además, de cualquier manera vamos a necesitar otro cuarto, los primeros tiempos no, pero después.
Así matamos dos pájaros de un tiro.
Seguro que esta vez tenemos más suerte.
- Luis** *Mamá, ¿y yo? (Sale Elisa.)*
- María:** **(Entrando.)** *No sé si es porque está llena de secretos o por la madera china pero pesa un montón. Así que te la dejé encima del escritorio. Espero que te entretengas, aunque no sé, pero me parece que tenés alguna experiencia. Vení. Te acompaño. Yo voy a volver a mirar el dichoso recorte.*
Es raro, sabés, porque le falta un pedazo que por la forma parece que fuera una foto o algo así. Vení.
- Luis:** *Esperá. ¿De cuándo es? El diario... ¿Miraste la fecha?*

- María:** Sí, de marzo del 74...
- Luis:** Es de hace... treinta y cinco años. Vos tenías unos tres meses. Más o menos.
- María:** Es verdad, no me había dado cuenta...
- Luis:** Capaz que está por ahí... la foto o lo que sea que falte...
- María:** Voy a seguir buscando pero no creo. Si mamá quería la foto por qué guardó el recorte y si quería las dos cosas...no sé, lo hubiera dejado como estaba.
- Luis:** Sí, sería un poco absurdo...
- María:** Ahora te los muestro porque hay una cosa que no entiendo...
¿Por qué guardaría mamá la noticia de un accidente?

NUEVE

- La Vecina:** Estaba sentada aquí, tomando unos mates.
Tocaron el timbre y pensé que era mi esposo que se había olvidado, otra vez, de la llave.
Eran dos señoras mayores. Bien arregladas. Muy amables.
Me preguntaron si podían hablar conmigo un momento.
No sé por qué, pero enseguida me imaginé...bueno, supongo que porque una de las señoras se parecía bastante a Sofía, la que era mi vecina.
Les dije que entraran aunque la verdad que yo, desde que pasó aquello...

Tenía miedo de todo, de un ruido, de un timbre, una frenada...

Aquí se escucha muy fuerte el tráfico de la avenida.

Me contaron que habían estado preguntando por el barrio y que la gente no hacía más que cerrarles la puerta.

Ya estaban por irse -porque no tenían más datos que el cruce de calles donde decía el diario que había ocurrido el accidente- cuando alguien les dijo, por lo bajo y sin muchos detalles que vinieran aquí, les señaló los apartamentos.

No sé quién habrá sido.

¿Qué iba a hacer? Contarles lo que sabía, ni más ni menos.

De todo aquello no me voy a olvidar en la vida. Hay cosas que se quedan grabadas.

Yo hacía muchos días que no veía a Sofía. Así que le pregunté al esposo, una mañana que me lo encontré en la vereda -el venía con la nena-. Y me contó que era porque Sofía había conseguido trabajo en el interior y que igual se mudaban...

La nena, Anita, muy linda y muy buenita.

Él se arreglaba bastante bien cuando estaba solo. Se le veía buen padre. Muy cariñoso.

Aquel día, después de comer, estaba lavando los platos y por la ventana de la cocina oí llorar a Anita que, la verdad, no lloraba casi nunca.

Así que le toqué timbre a Daniel por si necesitaba algo. Si quería que me quedara un rato con la nena.

Me agradeció porque él estaba haciendo la valija ya que se iban por la tarde.

Que vendría la prima a buscarlos con el coche.

Y que los muebles -tenían poca cosa- ya mandarían a alguien para que los viniera a recoger.

Carmen se llamaba la prima. Venía mucho. Y se ve que tenía plata porque dos por tres aparecía con un auto distinto.

Siempre andaba con muchas bolsas, cargada...

Una tarde, poco antes de lo que pasó, yo estaba saliendo a un mandado –resulta que me había puesto a hacer una torta y ya con los huevos batidos y todo me di cuenta que no tenía polvo de hornear- y entonces me los encontré.

Venían los dos, con la nena y esa muchacha. Me paré un ratito. A mí Anita me tenía loca y siempre que podía aprovechaba para hacerle algún arrumaco.

Entonces me dijeron que era una prima y ella se presentó.

Yo es que soy muy devota de la Virgen del Carmen; por eso me acuerdo.

Bueno, que me voy por las ramas. Ya no sé ni por donde iba. Ah, sí...

Encantada me vine con la nena para casa.

Los hijos nuestros están grandes ya, pero todavía no tenemos nietos. Así que ¡imagínese! Se ve que tenía gases, pobrecita, y por eso lloraba.

La estuve paseando un poquito hasta que le salieron, después la cambié y se quedó dormidita.

Aproveché para lavarle el pañal y lo colgué en el patio. Estaba la tarde preciosa, soleada.

¡Igualita a la madre! Parece mentira, tan chiquita...pero tenía la misma carita, la misma expresión.

Daniel, bueno, después dijeron que se llamaba Alfredo...

Pero para nosotros era Daniel y Sofía, una pareja muy agradable, la verdad. Muy educados. Yo no puedo decir otra cosa porque mentiría.

Daniel me dijo que un poco antes de la cinco, que llegaba la señora, venía a buscar a la nena, pero que cualquier cosa le avisara.

A las cuatro y media ya estaba despiertita; la envolví en el rebose porque me pareció que estaba un poco fresco, recogí la mamadera, el pañal que ya estaba seco y otro que me había dado por las dudas, para tener todo preparado.

Entonces le pedí a Antonio, mi esposo, que le gustaba mucho hacer retratos, que le hiciera uno a la nena, de recuerdo.

-Todavía la tiene en la máquina, pero si usted quiere yo le pido que la lleve a revelar, la meto en un sobre y se la mando, -le dije a una de las señoras, la mamá de Sofía-, bueno de Ana.

-Apúnteme aquí la dirección.

Después de hacer la foto me fui con la nena para el patio, a la sombra, porque le molestaba el sol en la carita.

Entonces escuché primero unas voces fuertes y después pum, pum, pum, los tiros. Cuatro o cinco, no sé. Y enseguida el chirrido de una frenada y un golpe horrible, muy fuerte.

Yo tenía a la nena apretadita contra mí. Se asustó, claro. Y se puso a llorar.

Enseguida me fui con mi esposo que estaba abriendo la puerta para ver qué pasaba. El pasillo estaba lleno de milicos, por todos lados.... Cerramos enseguida.

Después nos enteramos que unos cuantos policías vestidos de particular se habían metido de a poco, en el apartamento del fondo. Yo con esa gente apenas buenos días y buenas tardes. No sé si me entiende.

Desde la mañana estaban ahí...

Parece -yo eso no lo vi- que cuando el muchacho abrió la puerta porque había llegado Sofía, los milicos salieron en tromba de donde estaban escondidos y los tiraron al suelo.

Daniel, forcejeando, consiguió zafarse y se fue corriendo hacia la calle.

Entonces salieron detrás de él y le tiraron. Después, cuando Daniel llegaba a la vereda se dio la vuelta y con un revólver que llevaba los encaró y les devolvió los tiros. Siguió corriendo hacia la avenida y entonces fue que el camión se lo llevó por delante... Yo oí que ya estaba muerto cuando lo atropellaron. Enseguida nos aporrearón la puerta y entraron a casa un montón de milicos, como si fuésemos no sé qué.

¡Éstos no pedían permiso!

A mi esposo lo llevaron para la cocina y a mí para el cuarto y venga preguntar que desde cuando los conocíamos, que quién venía a verlos, que a qué hora salían, que si habíamos oído ruido de obras, ¡qué sé yo!

-Que somos vecinos. -Nos ayudamos y no nos andamos mirando detrás de las puertas. -¿Qué más quieren?

Uno agarró a la nena porque ya sabían quién era...claro, seguro que habían estado escuchando todo... ¡qué bruto! Como si fuera un paquete. Yo salí detrás.

-Con cuidado, llévela con cuidado. -No se da cuenta que es un bebé.

-Vamos a entregársela a la madre, si la encontramos, o a la familia -dijo uno.

Pero no sé por qué dijo eso si a la muchacha la tenían allí. Yo la vi clarito a la Sofía.

Era ella, aunque estaba diferente. Por el pelo pienso, peinada de otra manea y como muy arreglada, no sé qué...

Pero era la Sofía, eso lo puedo jurar delante de quien sea.

-María: (Entrando. Mira a la vecina. Sale.)

Fue un segundito que me miró a los ojos como queriendo decirme... Entonces le pusieron una bolsa negra en la cabeza... y

traieron de la calle a la prima, a Carmen, que nos dijeron que la agarraron cuando estaba esperando en un coche. Le taparon la cabeza a ella también y las metieron a las dos en el apartamento. Y a la nena. Yo la oía llorar pobrecita... supongo que después se llevaron a todos porque a nosotros nos empujaron al patio y mientras un milico le apuntaba a mi esposo a la cabeza con un revólver, otro que parecía que era el que mandaba -que yo estoy segura que era el que vivía en la casa de al lado- nos dijo que si no queríamos problemas nos estuviéramos calladitos, que no habíamos visto ni oído nada.

Y que lo de Daniel, bueno Alfredo, había sido un accidente.

DIEZ

- María:** Yo, algunas veces, había sentido que algo no encajaba. No sé explicarlo, no era nada concreto, así que tampoco le di mucha importancia.
- Me gustaba mi familia y me sentía bien. Querida. Y eso hacía que se disipara cualquier duda. Suponía que a todos los niños les pasa que en algún momento aparecen los miedos, las preguntas...
- Cuando Luis se fue a Francia todo cambió.
- Yo, por mucho que lo intenté, no conseguí entender el por qué de esa decisión que hizo saltar por los aires todo aquello que nos amalgamaba, que nos unía. Al puzle de nuestra familia le faltaba una pieza.
- María:** *Luis, ¿por qué? ¿Por qué te vas?*
- María:** Tampoco entendí la reacción de papá:

-Se terminó, no existe. -Esa persona ya no existe, -repetía... "Esa persona..."

Y por otro lado el silencio de mamá que hacía que no me atreviese a hacer ni la más mínima mención a Luis.

Y a esconder sus cartas que, poco a poco se fueron espaciando porque dejé de contestarlas... Me sentí abandonada por mi hermano. Ya no tenía ganas de refugiarme en su cuarto entre sus libros, ni escuchar sus discos.

Un tiempo después, cuando me ennovié con Ricardo y gracias a él, a sus consejos, fuimos, poco a poco, retomando el contacto. Y cuando nos casamos -fue una ceremonia muy sencilla, no hubo fiesta ni nada, porque hacía poco que había muerto mi suegra- le dije que no viniera. Nosotros, -aunque a papá no le gustaba la idea- teníamos pensado ir a París de luna de miel y por supuesto, a ver a Luis, a estar con él.

Unos días después aparecieron todas aquellas acusaciones tan graves, tan dolorosas...y de forma repentina, quizá como consecuencia de todo esto, no sé, murió papá.

Me dolió mucho que Luis no viniera a despedirle, a abrazarse con mamá y conmigo, a darnos su cariño, a compartir ese momento triste. No me parecieron suficientes sus excusas...

El hilo se había vuelto a romper. Ahora era yo quien no quería ni oír su nombre.

Al poco tiempo, de la forma más absurda, empecé a encontrar respuestas a muchas de esas preguntas que me había hecho años atrás.

Y el mundo entero se vino abajo.

De pronto desapareció el pasado o, peor aún, sentí que era falso y que todo lo que me rodeaba era una especie de decorado.

¿Cómo era posible que tantas verdades -porque hay cosas que tengo que creer que son ciertas- cómo tantas verdades pueden sustentarse en una mentira? En una gran mentira.

El arbolito de mi vida, de la noche a la mañana, se quedó sin hojas, desnudo. Y lo que es peor, sin raíces.

Cuando mamá empezó con los primeros síntomas de su enfermedad insistí para que fuera al médico. Le mandó una serie de pruebas y cuando estaban prontas...

Siempre que la acompañaba me decía que me quedase fuera, en la sala de espera, mientras ella entraba sola al consultorio.

Pero ese día -supongo que porque tenía una infección en un oído y estaba muy sorda- aceptó que pasase con ella.

Durante la consulta, mientras el médico miraba los análisis y unas radiografías, intentando ayudar, le comenté que a veces mamá se retorció de dolor agarrándose la panza y le pregunté si no podía estar relacionado con algo del útero o de los ovarios...

-No, de ninguna manera -dijo sin levantar la vista. -A tu madre hace más de cuarenta años que le sacamos todo.

Me sentí tan mal, tan ridícula sentada frente a aquella especie de dios que, cuando éramos chicos decían en casa que era el Dr. Ordoñez.

Pero el infalible médico -viejo ya- se había olvidado de guardar el secreto.

-María: *(Entra Elisa.) Mamá, ¿por qué siempre decís que soy un accidente?*

-María: Entonces me acordé que cuando mamá nos llevaba a la consulta... al salir, el Dr. Ordoñez siempre nos daba a Luis y a mí la paleta de madera con que nos había examinado la garganta.

-Qué suerte tienen chiquilines. -Si ustedes supieran, -repetía con una sonrisa.

Salimos de la clínica y al llegar a la vereda mamá se paró de golpe, como desorientada.

-Elisa: *María, vamos para casa que va a empezar la novela.*

-María: María, vamos para casa que va a empezar la novela....
Después se agarró de mi brazo y permaneció en silencio durante todo el camino de regreso; ni una sola palabra, ni un solo gesto.

-María: *Decime, ¿quién sos? ¿Y quién es ese hombre al que llamaba papá y por el que todavía lloro cuando le recuerdo?*

-María: Llegamos a casa. Le preparé un té, se sentó en el sofá y prendió la tele para mirar la dichosa novela.
Fui a despedirme y apenas me contestó con un gesto.
Se quedó allí, en silencio, sin hacer ninguna mención al comentario del doctor Ordoñez, que ni siquiera sé si llegó a escuchar.
Tenía tantas preguntas, tantas ganas de gritar...pero en ese momento no pude... no quise decir nada.

ONCE

La abuela: Revolvimos cielo y tierra. Jefatura, cuarteles...hospitales...
Pero nada. Nada de ninguna de las dos.
Lo único que conseguimos averiguar es lo que Aurora, una vecina del apartamento donde estaban viviendo los muchachos, nos contó a la mamá de Alfredo y a mí cuando fuimos a verla.

Fue un testimonio importante aunque en aquel momento no lo podíamos usar. Tal como estaban las cosas no tenía sentido involucrar a estas personas. No teníamos derecho.

Y además de poco iba a servir.

Sin embargo, esta vecina y su esposo eran los únicos testigos de que Ana había sido detenida; las únicas personas que habían visto cómo se llevaban a nuestra hija y a nuestra nieta.

Fuimos a todos lados asegurando que sabíamos que esa tarde Ana estaba allí, en aquel apartamento. Y con Anita, que entonces tenía casi los tres meses...

Pero la respuesta fue siempre la misma:

-Su hija está requerida.

Después de muchos días de búsqueda infructuosa, regresamos al pueblo. Allí ya no podíamos hacer nada.

Además pensamos que Ana, si podía comunicarse de alguna forma, mandar un mensaje, lo que fuera, iba a ser aquí, en el pueblo, en casa.

Aurora, la vecina, además de hablarnos con mucha dulzura y verdadero cariño de nuestra nieta y de los muchachos, había prometido mandarnos algo que para mí es un tesoro.

Pero había pasado ya un mes y la verdad es que tenía pocas esperanzas...

Yo le había dicho a la buena mujer que, para más tranquilidad, mandara el sobre sin remitente y a nombre del esposo de mi sobrina.

En la estación de servicios estaba también la agencia de transportes y allí venían todas las cartas y paquetes, así que el mismo Enrique las recibía y se encargaba de entregarlas a los destinatarios.

Antes de irnos le apunté el nombre y la dirección en una libretita pero, después pensé que...

El miedo es horrible, te paraliza. ¡Cómo no la iba a entender!

Sin embargo, cumplió.

En la foto que nos mandó la nena está sobre una cama envuelta en un rebozo blanco, liso, encima de una colcha hecha de cuadraditos de croché.

Está despierta, con los ojos bien abiertos. Vivaracha, idéntica a Ana.

Seguro que está hecha con una cámara sencilla, no sé, yo no entiendo de fotografía, pero está muy clarita, muy nítida.

La copia que nos mandaron es del mismo tamaño de una que tenemos de Ana, sacada también a los tres meses, más o menos.

Y en la misma postura. Claro que tan chiquitas cómo van a estar...lo único diferente es el pelo.

El de Ana, cuando nació, era muy rojizo y se le formaba como un jopo, así que mi esposo la llamaba *Churrinche*.

Después se le fue oscureciendo.

En verano, cuando era chica, durante las vacaciones, salía a jugar nada más tomar la leche; iba con los amigos a andar en bicicleta o al río a darse un baño o a pescar, en fin, se pasaba todo el día por ahí.

Algunas veces se olvidaba de la hora y yo me inquietaba, claro.

-No te preocupes, -decía mi esposo -el *Churrinche* es ave migratoria y siempre encuentra el camino de regreso.

Y eso es algo genético, que se hereda...así que pienso, bueno... tengo la esperanza...que Anita aparezca un día por aquí, a ocupar el vacío que quedó en el nido de su madre...

Yo hago lo que puedo y aunque ya estoy vieja y un poco achacosa no pierdo oportunidad y voy a todos lados, muestro las fotos, hablo con todo el mundo y aunque duele vuelvo a contar lo poco que sé una y otra vez.

Y también exijo, ¡cómo no! Que se investigue... ¡Que se dé la vuelta hasta el último terrón...!

-Yo sé que vos no vas a abandonar, que vas a seguir buscando, me dijo mi esposo poco antes de morir...

-Tenemos que encontrarlas. A las dos, -repetía, sabiendo como sabíamos que a nuestra hija...

Muchas veces me pregunto qué puedo llegar a sentir. No sé. Qué madre puede alegrarse si le entregan... ¡solo unos cuantos... cuando Ana estaba tan llena de vida!

Al menos podrá descansar junto a Alfredo, como se merece, como le hubiera gustado.

Por la tarde, cuando estoy en casa, suelo sentarme en este sillón, junto a la estufa.

Como la puerta de calle está siempre abierta puedo ver, enfrente, la nueva estación de autobuses donde llegan los viajeros. No muchos. Aunque ahora ha crecido un poco y hay más habitantes esto sigue siendo un pueblo.

Y cuando baja alguna muchacha más o menos de la misma edad que debe tener Anita...

Después que llega el último ómnibus que viene de la capital la calle va quedando vacía y entonces me entretengo repasando los recuerdos.

Junto a la foto de mi esposo están las de ellas dos puestas en marcos idénticos y me pasa muchas veces que en la penumbra no distingo entre mi hija y mi nieta...entre Ana y Anita, tan parecidas son. Igualitas.

Así que tengo que mirar por detrás.

En la de Anita está escrito: "Rezamos por ti".

Seguro que sí. No he vuelto a saber de Aurora, aquella buena vecina, pero le estaré siempre agradecida porque esa foto es todo lo que tengo de mi nieta, el único testimonio de su vida.

Hicimos copias de la foto, para los otros abuelos -los padres de Alfredo-, para la familia...

Una la llevo siempre conmigo, vaya donde vaya, junto a otra de Ana, la última que le hizo mi esposo, aquí en casa.

Fue durante una visita sorpresa, corta...donde nos contó que hacía tiempo que no iba por la facultad, que terminar la carrera no era en ese momento una prioridad...

Nos habló con tanta firmeza y aplomo de su compromiso y determinación... de la vida, del futuro...y también de su amor por Alfredo, su inseparable compañero.

Ana está parada en la cocina, sonriendo como siempre, junto a las viejas marcas de la pared donde mi esposo iba, año a año, registrando su altura.

Ese día fue la última vez que le dimos un abrazo.

DOCE

-María: ¿Luisito, ya tenés todo preparado?

-Luis: **(Entrando.)** Si no querés tener problemas a última hora aflojá con el *Luisito*.

-María: Llamó Ricardo, en un ratito está aquí. Pero quedate tranquilo que a esta hora no hay casi tráfico. En veinte minutos estamos en el aeropuerto.

-Luis: Hay tiempo y no me preocupo. Y ya está todo en la valija. Includos los quinientos kilos de dulce de leche que le mandás a tu sobrina... después te paso la cuenta del dentista.

-María: Ay, ¡qué exagerado! Además, como si vos no fueras a comer ¿Y tu yerba, qué? Decime, ¿dónde dejaste el poder?

-Luis: Encima del escritorio.

-María: ¡Te tengo en mis manos!

-Luis: Parece que las pavadas son altamente contagiosas.

-María: El poder se necesita, pero quiero que decidamos juntos. Así que por favor, no me digas que haga lo que me parezca.

-Luis: ¿Quién te dijo eso? De ninguna manera.

-María: Te voy a extrañar.

-Luis: Vas a intentarlo, ¿verdad? Seguro que lo del accidente tiene alguna relación y además está lo del doctor... Tenés derecho a saber...

-María: A mí no se me hubiera ocurrido. En serio. ¡Pero cómo pudo el Dr. Ordóñez firmar mi partida de nacimiento!
¿Y vos...?

-Luis: A ver si es verdad que las paredes hablan como decía mamá...
Ya veremos.
Lástima que no relacionamos antes lo del diario, te podía haber acompañado a la redacción.
Yo creo que el jefe es ese compañero del liceo que te decía.
Preguntá por él, decile que sos mi hermana.

En el archivo tienen todos los ejemplares y vas a poder ver esa foto o lo que sea que le falte al recorte del diario.

Seguro que encontrás la puntita de una madeja. Después te toca desenredar.

Tirá despacito para que no se rompa el hilo...

Anoche, estaba medio desvelado y pensé...seguro que por el otro lado, por la otra punta del ovillo hay también alguien deshaciendo nudos, buscando...

-María: Sos un optimista incorregible. Te voy a extrañar... **(Suenan una bocina.)** Ese es Ricardo. Vos andá saliendo, y dejá la valija chica que yo te la llevo.

-Luis: Si querés ayudarme mejor te dejo la grande que no hay quién la levante...

-María: ¡Qué gracioso! Andá, yo voy enseguida. Es un minuto mientras cierro las ventanas y desenchufo la heladera... y el calefón, que me olvidaba...

-Luis: Dale. **(Sale.)**

María recorre la habitación. Sale.

FIN.